

27/09/2009

Una mirada de futuro

Nació un frío mes de enero de 1946 en el puerto de Donostia. Desde su casa, en la plaza de la Sala de la Parte Vieja, el puerto y la Bahía de la Concha se mostraban majestuosas. A los cinco años pintó su primer cuadro y a los catorce presentó su primera exposición en su ciudad natal. Un hombre precoz y de extraordinaria calidad artística, Vicente Ameztoy fue el pintor vasco surrealista más destacado del siglo XX. Ingresó en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando de Madrid pero permaneció poco tiempo, y se puede decir que fue autodidacta casi por completo.

"El surrealismo es un dictado del pensamiento, sin la intervención reguladora de la razón, ajena a toda preocupación estética o moral". Así lo definió el poeta André Breton en su manifiesto de 1924. Vicente Ameztoy era próximo a esta corriente y también al estilo figurativo; con ambas recreó a lo largo de su vida todo un mundo interior que quiso, tímidamente pero con perseverancia, mostrar al exterior. La naturaleza y la relación de la gente con ella era una constante en el trabajo de este genio donostiarra. No en vano se asocia su pintura con el surrealismo de René Magritte o las composiciones vegetales del renacentista Arcimboldo.

El paisaje que Ameztoy más veces representó fue el vasco, allí fue donde más tiempo permaneció y por lo tanto el lugar que mejor conocía. Asimismo, su familia ocupa un lugar importante en su obra, donde su mujer, Virginia Montenegro, prestó su figura y rostro más de una vez para mezclarse entre inquietantes elementos de la naturaleza. Él mismo fue objeto de algunos trabajos que realizó. Extremadamente puntilloso, se consideraba demasiado exigente consigo mismo y aunque le gustaba la espontaneidad en la pintura, no dejaba de lado un cuadro hasta que quedase como él quería. Por este motivo, Ameztoy era lento en sus creaciones, aunque, hay que decirlo, la espera merecía la pena.

Los años 70. Momento cumbre

Una de las etapas más fructíferas de Ameztoy fueron los años 70. Una época que estimuló al artista y que conformó su estilo más personal, claro ejemplo de ello es su pintura conocida como *La familia* (1975) -conocida porque Ameztoy no solía poner títulos a sus obras-. "Sus trabajos tenían muchas miradas, cada uno ve lo que ve", asegura su viuda. "Él nunca ponía títulos a sus cuadros y lo hacía por algo, le dejaba mucho a la imaginación y este elemento es muy importante para contemplar su obra, porque es mágica y tú tienes que encontrar la magia", añade.

Además, el pintor donostiarra también dedicó tiempo al grafismo, ilustraciones de libros, carteles y, sobre todo, diseños de portadas en revistas como Zeruko Argia (1978-1980) o Euskadi Sioux (1979). Sus composiciones-collage de esta década hicieron de Ameztoy un genio de la ironía y del retrato humorístico de la realidad que acontecía. Fue una época que vivió "a tope en todos los sentidos", sostiene Virginia Montenegro.

La producción de carteles siempre interesó al artista. Destacan dos obras en este ámbito que creó a mediados de los años 90. Una de ellas la diseñó para la Quincena Musical: era un Bach con unas gafas modernas que en realidad eran los cubos de Moneo. La segunda fue un cartel protesta contra el Tren de Alta Velocidad. "El monte se rompe despiadadamente para hacer carreteras más cómodas, o se proyecta un tren de alta velocidad que, entre otras consecuencias nefastas, provoca la de una gran herida en la superficie de nuestro territorio. Es el desarrollismo sin límites". Así lo manifestó el propio Ameztoy en las conversaciones escritas en el libro Sagrado-Profano que publicó el Koldo Mitxelena en 2000. El dibujo mostraba un árbol con silueta de mujer donde el tren, a una velocidad salvaje, atraviesa su corazón. "Se involucraba mucho en lo que hacía, él denunciaba a través de la pintura", apunta su mujer.

Remelluri. Su última obra

Seis Santos y un Paraíso componen la singular Capilla Sixtina de Vicente Ameztoy en la ermita de Nuestra Señora de Remelluri. Un paraíso que según La Divina Comedia de Dante se encuentra a siete segundos de estallar. "Eva ofrece a Adán una Amanita Muscaria y en el momento en el que él accede a comer de ella, el reloj digital marcará el primer segundo", describe Ameztoy en las conversaciones de Sagrado-Profano . Ante la situación descrita por el pintor, el espectador sentirá estar ante una tensión casi propia del instante que observa.

Ameztoy trabajó en la ermita desde 1993 al 2000 y recreó, además del paraíso, seis santos: San Ginés, San Cristóbal, Santa Sabina, San Esteban, Santa Eulalia y San Vicente. Todos ellos clásicamente bellos aunque con un marcado estilo propio. Es preciso recordar que Ameztoy era agnóstico Jaime Rodríguez Salís, dueño de la ermita, fue quien propuso al pintor realizar la obra de Remelluri y a pesar de su condición de no creyente, el paisaje y la historia del lugar le convencieron. "Le divertía y le apetecía", recuerda su mujer.

La ermita pasó de ser un lugar sobrio y sencillo a un sitio con una magia difícil de predecir. Ameztoy creó un equilibrio perfecto entre lo sagrado y lo pagano, concilió la estética religiosa con la mundana y el resultado no pudo ser mejor. Santos que muestran en su interior cielos estrellados, caras conocidas y mortales, ropajes actuales, calcetines coloridos y detalles humorísticos dejan a la vista reflexiones y contradicciones humanas que sólo el guiño irónico puede sanar.

Vicente Ameztoy. Genio y humano

Ameztoy no sabía euskara, un hecho que le pesó a lo largo de toda su vida. En su biografía Karne&Klorofila confiesa sentirse como "un chino, nacido en China, conviviendo con una sociedad china, pero hablando en holandés". A pesar de no haber podido comunicarse en su lengua vernácula, este gran pintor comprendió y representó mejor que nadie los valores y la naturaleza de la cultura vasca.

Tuvo desde niño un entorno que comprendió sus inquietudes artísticas. Su padre nunca puso objeción alguna a sus aspiraciones y su tío, el pintor Jesús Olasagasti, influyó en él de manera notable. "Aunque murió cuando yo tenía ocho años lo recuerdo como una persona que me causaba gran impacto", manifiesta Ameztoy en Karne&Klorofila.

El genio donostiarra murió el 8 de noviembre de 2001 a los 55 años de edad. Su mujer recuerda que "a él le gustaba vivir al límite y vivió como quiso en todos los sentidos. En su vida privada, en su obra, él arriesgaba siempre y lo hizo a su manera. No se puso barreras en nada y nunca le importó lo que los demás pensaran, y a mí me parecía muy bien".

Se ha comenzado un intenso trabajo de catalogación y clasificación de su obra por parte del museo de Bellas Artes de Bilbao y la familia. Se prevé que en el décimo aniversario de su muerte, en 2011, la pinacoteca vizcaína realice una exposición del trabajo del artista. "La obra ya está hecha, por lo tanto nunca perecerá", apunta su esposa.